

Recordar, compartir, aprender

## Bilbao

María Gutiérrez Álvarez, 69 años

Patricia Vázquez Rodríguez, 22 años

### “NO TENGO MUCHO QUE CONTAR”

La estación de Abando me divierte. Como cualquier otra estación o aeropuerto. Lugares de paso, de lo instantáneo, de lo fugaz.

La diversidad cultural está aquí amplificadas. De un solo vistazo puede uno ver dos elegantes señoras bilbaínas de toda la vida, tres rubios muchachos vestidos como raperos, un negro con sombrero, una pareja sudamericana de la mano. Todos en la platea, todos compartiendo escenario.

Las escaleras que suben del metro vomitan visitantes en arcadas periódicas. Unos dan la vuelta y salen a la Gran Vía, otros se quedan esperando Dios sabe qué.

El rockero retirado, ahora con melena cana y abrigo de cuero; el ciego con bastón; el turista con su cámara; el nervioso novio esperando a su chica. Todos cruzándose en ese desfile incesante, todos viniendo de algún lugar o llegando a algún sitio.

El abuelillo con txapela, los chicos con su mochila al hombro, el señor del maletín, la pareja de monjas, el drogadicto que se balancea, el globo del niño que ríe, la apática chica que no sabe adónde va, el soltero con las bolsas de una compra no bien hecha. Y entonces veo a una mujer que parece estar esperando a alguien, como yo. Un periódico bajo el brazo, la señal de que es ella. Así conocí María.

“No tengo mucho que contar”, dice. Ha tenido una vida sencilla, normal. Nació en Asturias, de donde era su padre, pero vivió desde los siete meses en León. Allí pasó su infancia y adolescencia de manera bastante solitaria ya que vivía en una base militar sin niños alrededor. Hija única, recuerda que tal era su ansia por compartir juegos infantiles que un día, cuando regresaba del colegio, se desvió del camino y fue a parar a una chabola de gitanos atraída por la algarabía. Se lo pasó bien, pero su padre, demasiado estricto, vio al día siguiente a uno de los niños jugando con la mochila que María había olvidado allí, y comprendió enseguida por qué su hija había llegado tarde el día anterior. La castigó.

Pocas veces tenía María permiso para salir. Con nueve ó diez años, estaba dando un paseo con sus amigas por la carretera de Asturias, y no se les ocurrió mejor manera de pasar el tiempo que extender su caminata a una charca congelada adyacente. Allí se metieron las cuatro, a explorar cogidas de la mano, con María a la cabeza. Pero ser la primera tiene sus inconvenientes. El hielo cedió y María cayó al agua. Sin saber nadar, con abrigo y mucha ropa y el agua congelada, consiguió que se arremolinara un montón de gente para sacarla de allí. A pesar del susto, lo que más le preocupaba era que no se enterara su padre.

Una familia que le había ayudado a salir del agua, la llevó a su casa y le dejó ropa de una de sus hijas. María, previsora, pasó por la casa de sus tíos para ponerse ropa de su prima, que al menos no le resultaría tan extraña a su madre. Pero las madres son las madres, y la ropa que llevaba María cuando llegó a casa no era la misma que llevaba al salir. Contó lo que había pasado, sus padres agradecieron a esa familia desconocida la ayuda prestada y ella no volvió a salir prácticamente hasta que se casó con un joven médico asturiano.

Ambos hijos únicos, la siempre difícil convivencia lo fue aún más para María, pues tuvo que acostumbrarse a compartir su vida no sólo con su marido, sino también con la madre de éste. Calló mucho para evitar confrontaciones, pero también aprendió la importancia de escuchar a los mayores, como ahora demuestra.

Su suegra había vivido experiencias que, pese a parecer hoy muy lejanas tanto espacial como temporalmente, están dolorosamente cerca. Su carácter duro, que a María le recordaba vagamente al de su padre, probablemente se debía a esa vida difícil que le había tocado en suerte. Y quizá por eso se lo perdonaba.

Recordar, compartir, aprender

La suegra de María era viuda de un maqui muerto en la represión franquista. Huido a Galicia y a Portugal, finalmente cayó, como tantos otros. “No tengo mucho que contar”, me había dicho María...

El matrimonio se afincó en Bilbao al ser él destinado al hospital de Cruces. Allí han criado a sus hijos, allí han vivido toda su vida hasta ahora, serenamente.

## **LO IMPORTANTE DE LA VIDA**

“¿Lo que merece la pena de la vida? ¡Vivirla! Vivirla, saber disfrutarla”. Puede parecer un lugar común, pero el principal consejo que debe ser transmitido a las generaciones más jóvenes es sin duda aprovechar el momento, el tan manido *carpe diem*. Uno no se da cuenta de la importancia de tomarse esto en serio hasta que ve lo rápido que se pasa el tiempo.

Merece la pena viajar, ver lugares y culturas diferentes, ampliar los horizontes. Comunicarse, escuchar a gente con más experiencia, sean del tipo que sean. Pero pese a todos los consejos que puedan darse, el único maestro en la vida es el tiempo.

La teoría la conoce todo el mundo, pero sólo con el tiempo uno se da cuenta de que realmente el terreno del mañana es demasiado inseguro como para depositar allí todos nuestros planes. No significa esto que haya que desterrarlo de nuestras mentes, pero sí que el presente es lo único que tenemos seguro, pues el futuro puede desvanecerse en un instante.

Sólo con el tiempo uno se da cuenta de que en realidad lo mejor no llegaba con el futuro, sino que estaba teniendo lugar en aquel preciso instante, pasando desapercibido. Y como esto, la más importante guía para la vida, sólo se aprende con el tiempo, el mejor consejo es vivir la vida.